

## LECCION No. 40.- SER IGLESIA ES HACER IGLESIA

## A EJEMPLO DE JESUS

Si en todas las circunstancias de nuestra vida hemos de tomar a Cristo como nuestro modelo, conviene con más razón hacerlo en tratándose de ir a la conquista del mundo para convertirlo en su Reino. De esta manera, debemos releer los Evangelios con detenimiento en busca de los métodos que él usó durante su vida pública para enseñar, formar y comprometer a los que le seguían hasta hacer de ellos sus discípulos, y a doce de ellos sus Apóstoles. Ahí, en los Evangelios, Jesús nos da clase acerca de cómo hemos de proceder en la pesca, en la selección, para estimular y sostener, y también, ¿por qué no?, en el comprender, compadecer y levantar cuando los seleccionados parecen fallar.

Cómo pescar, cómo formar, cómo comprometer y cómo lanzar, son enseñanzas del Divino Maestro necesarísimas para los que han de ser líderes de cristiandad en sus ambientes: no se trata de ser exigentes, sino formadores; no de decir simplemente cómo, sino demostrarlo con el ejemplo; no tanto de lanzar como de ir al frente señalando caminos.

Siguiendo adelante en la explicación de lo que es el espíritu de la Obra del "Equipo Laico al servicio de la Pastoral", vamos a reflexionar su definición:

El Equipo Laico al servicio de la Pastoral es: una *Obra Apostólica de Laicos asistidos por la Jerarquía que se dedica a formar dirigentes laicos de parroquia, para que se integren en un equipo apostólico comandado por su párroco con el fin de ayudar a realizar la Pastoral.*

Explicando los términos de la definición:

Es una *Obra Apostólica*, esto es: no es un Movimiento o Asociación, simplemente es la obra apostólica de la Iglesia. Muy importante darlo a saber a todos los feligreses de la parroquia con el fin de que no vean con recelo el ingreso a la Escuela de Pastoral temiendo que se trate de un Movimiento más que venga a robar miembros a las demás Asociaciones. Debe quedar claro que la Escuela de Pastoral debe llegar a ser la "*Escuela de la Parroquia*" donde todos sus feligreses se formen, con el fin de que lleguen a ser útiles a su comunidad.

Esto quiere decir que los miembros de las Asociacio-

nes ingresan a la Escuela de Pastoral para enriquecerse de ella, pero también para enriquecerla y enriquecer a los demás. Y que, conservando la espiritualidad peculiar de su Movimiento, dentro de una común formación llegarán a integrarse en el apostolado parroquial común para constituir un sólo haz de fuerza apostólica a las órdenes de su párroco.

En la Escuela de Pastoral, pues, caben los miembros de todos los grupos parroquiales; más aún, si la fundación se hace por medio de un Equipo de servicio cuyos miembros no son de la parroquia, éstos deben tener desde un principio la intención de descubrir a los líderes naturales de la parroquia a quienes más adelante, cuando consideren ya maduro el grupo, confiarán su dirección. Así lo declararan a los dirigentes de los grupos parroquiales y al párroco, de manera que éstos entiendan que la Escuela de Pastoral es su escuela parroquial que ellos más tarde deberán atender, como responsabilidad suya, porque el Equipo fundador está de paso. Cuando no se procede con esta claridad, fácilmente ocurre que los alumnos nunca llegan a la maduración, llevados de la ley del menor esfuerzo y amparados en el paternalismo, siempre nocivo.

Es una *Obra Apostólica de Laicos*, en otras palabras, sus dirigentes no son los miembros de la Jerarquía: sacerdotes, diáconos, seminaristas, incluso el obispo; no son tampoco los religiosos o religiosas; si bien todos ellos pueden colaborar en la fundación de Centros, incluso pueden ser ellos los fundadores, con tal de que en cuanto ya se hayan formado dirigentes laicos, de inmediato sean éstos quienes se encarguen de integrar los Equipos de servicio y de dirigir los Centros.

La razón de que sean laicos los dirigentes es esta: la motivación a la conversión que la Escuela de Pastoral ejerce en el laico estriba en la fuerza del testimonio. Los seglares desde siempre han considerado a los miembros de la Jerarquía y a los religiosos de tal manera "especializados" en las cosas de Dios, en la práctica de las virtudes y dispuestos hacia la santidad—casi, diríamos, obligados a ser buenos—, que su ejemplo llega a parecerles inalcanzable. El testimonio de los sacerdotes y las religiosas no opera como motivador del seglar. Este permanece impenetrable ante la conducta de ellos porque los considera algo así como individuos de otra especie.

Pero, cuando un laico, por la fuerza de su testimo-

nio; demuestra a otro laico -de igual a igual- que la vida en cristiano es posible porque él lo ha podido, el alumno se convence e inicia seriamente su conversión. Puede decirse que es el efecto de decir: "*tú puedes hacerlo porque yo lo hice*"; "*yo puedo hacerlo porque él lo hizo*"; no es, desde luego, que esto se diga, sino que se siente. El valor del testimonio entre iguales es determinante en algunos casos porque alienta a la emulación.

Es una *Obra de Laicos asistidos por la Jerarquía*, en virtud de que siempre y de continuo se actúa en *sincronía con el Obispo*. Por "sincronía" queremos entender un modo de actuar conforme con el pensamiento, la voluntad y la decisión del Obispo. Cuando así actuemos estaremos en adhesión (adherir = estar unido) a la Pastoral del Obispo.

Pero, como humanamente no es posible que el Obispo venga a dictarnos su Pastoral de continuo, debemos entender que ésta nos llega a través del párroco. Como también es de comprender que a través del Obispo estamos realizando la Pastoral del Papa en la Iglesia Universal.

Es bueno recordar aquí qué se entiende por la palabra *Pastoral*. Bien, Cristo vino a la tierra con un propósito bien definido: "*Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado:.. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día*" (Jn 6,38 y 40). Por tanto, al fundar Cristo su Iglesia para que ella fuera continuadora de su obra en la tierra, ella debe proseguir la realización de la voluntad del Padre hasta el fin del mundo.

Ahora bien, habiéndose llamado a sí mismo el Señor: "*Yo soy el Buen Pastor*" (Jn 10,11), a esa misión que el Padre le encomendara se le llama *Pastoral*, por lo que a la actividad de la Iglesia en pro de la salvación del hombre prosiguiendo la de Cristo, se le llama también "Pastoral". Y siendo la cabeza de la Iglesia Particular el Obispo y la cabeza de la Iglesia Universal el Papa, a las actividades que ellas desarrollan bajo su dirección también se les llama asimismo "Pastoral".

Siendo así, ser asistidos por la Jerarquía no es sólo actuar conforme a la Pastoral del Obispo a través del párroco; es también dejarse guiar docilmente siguiendo sus directivas, atendiendo a sus sugerencias, escuchando y aplicando sus enseñanzas. De manera que si

alguna vez ocurriera una discrepancia con nuestras propias opiniones, bien podemos manifestársela, pero aceptando su decisión aunque difiera de nuestro parecer, orando al Señor para que a ambos nos ilumine su luz y podamos ver ambos también lo que en realidad conviene. Discrepar obstinadamente, sin ceder, aún estando con la razón en lo que porfiamos, es más demoledor que aceptar la falta de razón en el que tiene la autoridad. Porque cediendo podemos esperar su rectificación, pero cuando nos negamos y nos oponemos causamos un mal irreparable; sobre todo cuando por esta actitud nos constituimos en abanderados de la rebeldía para otros.

Es una *Obra Apostólica... dedicada a formar dirigentes laicos de parroquia*. Con frecuencia nosotros mismos equivocamos nuestro propio concepto de nuestra Obra debido a que concentramos nuestra atención en el primero de los pasos formativos: la catequesis. Esto hace que más que nada nos sintamos catequistas perdiendo de vista el resto -no menos importante para nosotros- de los propósitos de esta Obra: la formación de líderes cristianos, de dirigentes parroquiales en nuestros alumnos.

Esta visión parcial, la sola catequesis, provoca una notable incompleta formación de nuestros alumnos. Quedarnos en catequistas y dejarlos a ellos en simples catequizados, los limita a quedar en el plano inferior de católicos *informados*, en vez de *dirigentes* a la vez *informados, formados y comprometidos*, que de veras puedan ofrecer a la Iglesia y a la Jerarquía auxilio, ayuda y sostén por medio de un servicio serio, permanente, diligente, desinteresado, eficiente y dispuesto a llegar hasta la donación de sí mismo con todas sus consecuencias.

Únicamente sobre laicos así formados y comprometidos puede la Iglesia construir algo: un seglar inconstante, veleidoso y antojadizo no ofrece punto firme sobre el cual edificar. Frente a un mundo que se sirve del hombre comprometiéndolo con dádivas, explotando su conveniencia, Cristo, buen conocedor del corazón humano, nos ofrece en lugar de un premio perecedero participar con él de la herencia de su Padre: *"Entonces dirá el Rey a los de su derecha: 'Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo... En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis"* (Mt 25,34 y 40).

Es verdad que la formación del dirigente parroquial

se inicia por la información, haciéndole conocer desde lo básico de la Religión por la catequesis; pero eso es tan sólo el principio: tras de la información, o simultáneamente con ella, debe impartirse su formación como dirigente hasta llevarlo a comprometerse con Cristo y con la Iglesia. El Papa Paulo VI nos instruye: *"El mensaje evangélico deberá, sí, llegar... a las muchedumbres, pero con capacidad para penetrar en las conciencias, para posarse en el corazón de cada hombre en particular, con todo lo que éste tiene de singular y personal, y con capacidad para suscitar en favor suyo una adhesión y un compromiso verdaderamente personales."* (Evangelii Nuntiandi n. 45).

Si este principio lo tomamos como norma de la formación que debemos impartir, ciertamente llegaremos cada fin de cursos a conseguir un grupo de buenos dirigentes cristianos, eficaces agentes de salvación en todos sus ambientes naturales, y particularmente en su parroquia.

Y prosigue la definición: *para que se integren en un equipo apostólico comandado por su párroco*. No es fácil sin previo entrenamiento esta integración, donde la palabra "comandar" expresa precisamente: disciplina, renuncia a la propia voluntad, cumplimiento de lo que se nos propone. Una buena dosis de humildad y sencillez es indispensable para ello. Pero, cuando esta integración se consigue ¡cuántos buenos frutos puede cosechar!

Para que así suceda, desde muy temprano, casi al comenzar el curso, debemos llevar a los alumnos a conocer y tratar al párroco, y a éste lo invitaremos a frecuentar la Escuela de Pastoral, no sólo para que se deje ver su buena voluntad y aceptación de ella, sino para que esa integración Jerarquía-Laicado se realice. Provocar la amistad, aún el afecto de hijos en unos y de padre en el otro; quizá hasta enseñar a disponer por parte del sacerdote y actuar por la de los alumnos, son aspectos del oficio de formador.

Termina la definición: *con el fin de realizar la Pastoral*. Este, y no otro, es el fin para el que se informa, se forma y se compromete al alumno. Fuera más fácil conseguir esto si por una parte el alumno distinguiera los múltiples aspectos que la Pastoral encierra. Por la otra, a veces el párroco espera que los alumnos espontáneamente se suelten haciendo algo. Tampoco es este un concepto atinado de lo que se quiere.

Ya hemos dicho que la Pastoral del Obispo nos llega a través del párroco. Añadiremos que integrado el tra-

bajo en equipo es sencillo entender que toca al párroco marcar por dónde se ha de realizar la Pastoral. No es algo automático que el alumno formado o en formación de dirigente conozca por dónde va la Pastoral, o que él invente el qué haya que hacer.

Pero también se tendrá en cuenta que una integración en equipo sólo se dará a partir de la conjunción de las dos voluntades: la del párroco y la del grupo de seglares, a condición de que éstos se presten a la colaboración subordinada en la Pastoral parroquial. Es así necesario, por parte del laicado, acercarse al párroco y ofrecerle su cooperación.

Toda acción apostólica debe ser precedida por fuerza de la concientización de los propósitos. Estos son dos en lo esencial: *la gloria del Padre*, en primer término, y *la salvación del hombre* como segundo. Fueron los propósitos que tuvo Cristo durante su vida pública, y así han de ser los del cristiano que le sigue y le imita.

Un elemento básico en la formación del miembro laico del equipo de servicio pastoral parroquial es, pues, una disponibilidad indispensable para ser dócil a la autoridad del párroco. Y es que ella, aglomerada por la caridad entre los hermanos, constituirá el sostén de toda la obra pastoral parroquial.

Lo largo del nombre del Instituto -que por otra parte era suficientemente explícito-, hizo que a la larga se impusiera una abreviación: "*Escuela de Pastoral*" fue paso a paso el nombre más usado. Una reflexión acerca de esto hizo sentir que era un nombre adecuado: desde luego no es que en el Instituto se estudie la forma de concebir, planear y decidir la Pastoral, sino el modo de colaborar en ella. Si este es el fruto que en cada uno de sus alumnos se espera, el nombre es adecuado.

## HACER IGLESIA

La Iglesia es la Institución que Cristo fundó con el fin de que su Pastoral se prolongara a través de los siglos hasta el fin del mundo. Vista la elemental importancia de la presencia de la Iglesia en el mundo, puesto que de ella depende la salvación del mundo, como instrumento salvífico de Cristo, conviene contemplar sus varios aspectos, los que a través de los tiempos han hecho posible para los hombres "sentir" más que ver toda la riqueza sobrenatural que en ella Jesús nos dejó:

*La Iglesia como comunidad.*- El Libro de los Hechos de

los Apóstoles se ocupa en los primeros capítulos de dibujarnos la Iglesia incipiente, desde la espera del Espíritu Santo con María Santísima como centro del Colegio Apostólico. En esta fuente podemos alimentar nuestra permanente necesidad de integrarnos más y más en la realidad de comunidad eclesial, dóciles a la acción del Divino Espíritu.

*La Iglesia Esposa de Cristo.*- En el Apocalipsis, San Juan ve a la Iglesia como Novia y como Esposa engalanada de Cristo, hablando de ella triunfante al fin de los tiempos. Las bodas del Cordero (Ap 19,7), Nueva Jerusalén convertida en la Esposa gloriosa (Ap 21,9), Esposa que movida por el Espíritu llama a los hombres para dar a todos agua de vida (Ap 22,17). San Pablo, hablando de la excelencia del matrimonio, alude al misterio de una Iglesia unida a Cristo por lazos conyugales (Ef 5,23ss).

*La Iglesia Madre nuestra.*- De esa unión conyugal con Cristo, se sigue la doctrina de la Iglesia Madre de los hombres. Ella les da la vida, como yo vimos (Ap 22,17). La misma doctrina de la Iglesia Esposa de Cristo conlleva la de una Esposa fecunda (Sal 128,3), que da al Esposo hijos numerosísimos, los santos que la visten de lino con sus obras (Ap 19,8).

*La Iglesia Pueblo de Dios.*- Numerosos pasajes hablan en el Nuevo Testamento sobre esto. El más relevante lo encontramos en San Pedro (1 P 2,9-10), donde el Príncipe de los Apóstoles nos llama "*linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido... vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios*". Un pueblo que existe inmerso en el mundo integrado por ciudadanos de todas las naciones de la tierra, pero a la vez —y de manera relevante— ciudadanos de otra Patria: "*Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo*" (Flp 3,20). Este ser "ciudadanos de dos reinos" es una característica que distingue al Pueblo de Dios entre todos los pueblos de la tierra.

*La Iglesia edificio de Dios.*- "Ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares

*La Iglesia edificio de Dios.*- Para San Pablo la trabazón que alcanza la unión de todos los miembros de la Iglesia es tal, que imagina el Templo de Dios edificado de manera compacta: "*edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva has-*

ta formar un templo santo en el Señor" (Ef 2,20-21).

La Iglesia Cuerpo de Cristo.- La doctrina más sublime sobre la esencia de la Iglesia nos la da San Pablo. Cristo, a semejanza del cuerpo humano, es la Cabeza y nosotros somos sus miembros. Mayor integración entre él y nosotros no puede darse, pues no puede existir la Iglesia con la sola Cabeza ni con sólo el cuerpo. Siendo la Iglesia un ser vivo, Cabeza y cuerpo se conjuntan en una identificación vital. De aquí que cada uno de los miembros del cuerpo es vitalmente uno con Cristo: "Siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros" (Rm 12,5). "Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros cada uno por su parte" (1 Co 12,27).

Toda la doctrina apostólica arriba citada nos enseña dos cosas: cuán importante es en el mundo la presencia de la Iglesia, a la vez signo de unidad y de salvación para la humanidad; y cuán importante es que nos conciencicemos de lo que somos nosotros mismos como miembros de la misma Iglesia. Esta conciencia plena forzosamente nos hace sentir la responsabilidad de cuiar del bien de la Iglesia porque ella es cada uno de nosotros. En verdad, lo sabemos, todos cuidamos por el bien de nuestro propio ser como el don máspreciado: el ser, el existir que no damos a cambio de nada y defendemos hasta morir.

Ser Iglesia, hacer Iglesia, es lo que venimos a realizar dentro de la Obra apostólica de la Escuela de Pastoral. Un ser Iglesia que nos haga cuidarla, defenderla y acrecentarla: primero, dentro de nosotros mismos; segundo, junto con nuestros hermanos; tercero, frente a un mundo que no la ama ni la conoce porque no es de ella ni ella es de él: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero como no sois del mundo, porque yo al eleiros os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado" (Jn 15,19 y 21).

Hacer Iglesia es ir detrás de Cristo en la persona del Papa y del Obispo, colaborando en la realización de la Pastoral haciendo equipo de trabajo apostólico subordinados al párroco.